

la parábola que va del humanismo a las Luces, pasando por el barroco. No sólo se detiene en los autómatas que imitan a los seres humanos, sino que examina, en la misma cuerda, animales, vegetales, paisajes, jardines, grutas, composiciones mitológicas, espejos ustorios, armarios de prodigios, colecciones de rarezas, parques iniciáticos, ingenios musicales y demás maquinaciones que los artistas y técnicos de distintos siglos construyeron intentando apoderarse de la inmediata e inasible naturaleza.

En el humanismo, Aracil destaca la búsqueda de un ideal perfeccionista antropológico, el Hombre por excelencia; en el barroco, la exaltación del capricho y el artificio; en las Luces, la lectura científica y mecanicista del universo. En todos los casos, la creación de una segunda Naturaleza se ha tocado con lo visionario, lo utópico y con concepciones hermetistas, numerológicas y mánticas de la vida cósmica.

El libro puede leerse como una historia colectiva y, a la vez, como un viaje pintoresco por una de las fantasías más densas y obsesivas de la humanidad (Oriente y América precolombina incluidos). La paciencia de Aracil para recolectar y ordenar la torrentera de fuentes literarias y gráficas acredita la solidez de sus investigaciones y el beneficio secundario de disponer de un cúmulo informativo de altísima utilidad.

El expediente. Una historia personal, Timothy Garton Ash, traducción de Antoni Puigròs, Tusquets, Barcelona, 1999, 277 pp.

Garton Ash (1955) es un periodista e investigador de la historia contemporánea europea, especialmente de la alemana. Estuvo recogiendo materiales para sus libros en la antigua Alemania Oriental, rozó el servicio secreto británico, publicó varias obras de su especialidad, actuó de corresponsal y mereció ser expulsado por el gobierno entonces comunista.

Caído el dichoso muro berlinés, volvió a los lugares de un pasado ahora remoto, visitó los archivos de la Stasi (ejemplarmente mostrados por los alemanes, en un caso de excepción histórica) y se enteró de que había sido vigilado, espiado y denunciado, incluso por gente cercana y de trato amistoso. Se vio nuevamente con muchos de ellos y entrevistó a ex-policías secretos, de modo que pudo reconstruir el *modus operandi* de aquel aparato que reunía a 170.000 colaboradores no oficiales (uno por cada 25 habitantes). Los expedientes eran gigantescos. Por ejemplo: el del cantante de protesta Wolf Biermann sumó 40.000 folios. Denuncias de familiares íntimos, de agentes contra agentes, de novios, novias y amantes, entretejen una comidilla que deja pálida a cualquier novela de espionaje. Ash

pone a un lado las amargas sorpresas y resulta ameno; por ello supera a los esforzados inventores de ficticias tramas secretas, tal vez porque los profesionales ya las habían desbordado.

Comparado con el espionaje británico, el otro presenta semejanzas de familia, aunque con matices éticos a favor del primero, que no secuestraba ni extorsionaba a sus sujetos. Otras democracias, como la alemana y la norteamericana, han tenido menos escrúpulos. La diferencia esencial señalada por Ash, es política: en una democracia, el servicio secreto es un poder dentro del Poder; en una dictadura, es todo el Poder. Y en estos matices cabe ejercer un juicio de valoración, que es la conclusión, de nuevo política, del libro.

El origen de los dioses, *Christian Jacq*, traducción de *José Ramón Monreal* y *Laura Robecchi*, *Martínez Roca*, Barcelona, 1999, 251 pp.

Hace más de cuatro mil años, fueron grabados en ciertas pirámides egipcias unos jeroglíficos (palabras de los dioses o bastones sagrados, según se prefiera) que contienen lo que hoy podemos llamar filosofía del antiguo Egipto. La pirámide, imagen del vértice luminoso al que se llega por medio del conocimiento, era también una

tumba, sobre la cual se asentaba este saber inmortal. Si el tiempo es muerte, desaparición, la verdadera vida está fuera del tiempo, en la altura estelar donde moran las almas de los justos. Entre tanto, en la tierra, la existencia se produce y se destruye en una mutación permanente.

Jacq, investigador sumergido en la dificultad de poner en francés moderno las figuraciones filosóficas de los antiguos egipcios, sostiene que la divinidad no era para ellos algo creíble, sino la experiencia y el conocimiento de los dioses. Su imagen terrena era esa síntesis cósmica hecha persona, ese ser alquímico llamado Faraón, el principio creador, a la vez ser y no ser. En él se concilian los contrarios en el elemento ígneo, que todo lo transforma en sustancia homogénea.

A pesar de haber surgido en una sociedad jerárquica y estrictamente organizada, este pensamiento es fraternal y exalta la hermandad del hombre y la naturaleza, lo terrenal y lo celestial. Su población divina comprendía dioses y diosas en cantidades equivalentes. Estas y otras peculiaridades nos lo vuelven moderno, acaso porque atañe a cuestiones que los seres humanos rondamos sin acabar de resolverlas, de disolverlas. Al menos así nos lo presenta Jacq, hombre de ayer y de hoy, o del hoy en el ayer, como cuadra serlo a todo historiador.

Máximas, pensamientos, caracteres y anécdotas, Chamfort, traducción de Antonio Martínez Sarrión, epílogo de Albert Camus, *Península, Barcelona, 1999, 301 pp.*

Sébastien Roch Nicolas, que se firmaba Chamfort (1740-1794), dejó algunos volúmenes de fragmentos, entre reflexiones, escenas revolucionarias, correspondencia, chismes ingeniosos y retratos al paso. Más que un ordenado escritor de la Ilustración, fue un moralista del barroco, escéptico e indulgente, impregnado de senequismo como para percibir lo demoníaco de la vida moral en sociedad y compensarlo con la utópica conformidad de cada quien consigo mismo.

Es significativo que Chamfort, formado en la racionalidad desconfiada del Antiguo Régimen, haya atravesado los años del Terror con la consiguiente sospecha de que nada en la historia valía la pena, si se lo contemplaba filosóficamente. Tan no valía la pena que la única reacción sabia resultaba ser (y lo resulta: la historia no desmaya) una indulgente sonrisa.

Por su apego al fragmento y su distanciamiento del mundo, Chamfort anuncia a los románticos. De hecho, muere en los umbrales del romanticismo. Por su preocupación ética, se remite a los moralistas del barroco. De tal manera, queda siempre un poco a trasmano de su época, henchida de fe en la razón y de deli-

rio jacobino. Es tardío y precoz, pero siempre un poco excéntrico. Tal vez por ello armonice con este otro fin de siglo, con la elegante displicencia ante los eventos temporales que componen cierta zona de lo postmoderno.

Con la habitual seguridad y nitidez que pone en estas tareas, Martínez Sarrión traduce y contribuye a actualizar a Chamfort. Camus, por su parte, observa que la lógica de una máxima es su reversibilidad, ya que se construye invirtiendo en su segunda mitad lo sostenido en la primera. Con lo que pensar a la Chamfort es poner al pensamiento ante su secreto espejo, la palabra.

Fin de siglo. Figuras y mitos, Hans Hinterhäuser, traducción de María Teresa Martínez, *Taurus, Madrid, 1999, 185 pp.*

A fines del Ochocientos, Huysmans razonaba que los fines de siglo suelen parecerse y que cada cien años se observa el mismo fenómeno cíclico: una reacción contra el materialismo conduce a un neomisticismo vacilante y turbio. Sin aceptar la dureza mecánica de esta hipótesis, Hinterhäuser, sin embargo, admite que este fin de siglo recuerda al huysmaniano, así como Huysmans recordaba el final esoterista y mágico del Siglo de las Luces.

Con generosa acumulación de ejemplos –que ¡al fin! incluyen también fuentes hispánicas– el autor apunta un cuadro imaginario apocalíptico en el cual nace una necesidad de redención que clama por un salvador. Éste, en el caso del *fin de siècle* por antonomasia, es el arte, cuyo sesgo religioso proviene del romanticismo y atraviesa el equívoco mundo místico-erótico del prerrafaelismo.

Paralelamente, se desarrollan modelos humanos extremadamente excepcionales, como el superhombre y el dandy, y polarizaciones también muy marcadas de la figura femenina, mujer frágil o mujer fatal, ambas cargadas con un intenso toque religioso, el culto de la carne mortal y el culto del alma inmortal, que se sintetizan en la subjetividad masculina.

En ambos fines de siglo hay un aparente triunfo del modelo democrático de sociedad, pero el emergente es un ansia de salvación que afecta a unos pocos, a una secreta nobleza del espíritu y los nervios, donde se entremezclan el don, la excepción y la locura. La estetización de la vida, tan cara a ciertos aspectos del fascismo, es anunciada en uno y vivida como secuela en otro.

Las voces recogidas por Hinterhäuser, aunque con una retórica museal y de un heroísmo enclenque, nos proponen tareas actuales: liquidar una época condenada y rescatar a los elegidos capaces de iniciar los nuevos tiempos.

Identidades asesinas, Amin Maalouf, traducción de Fernando Villaverde, Alianza, Madrid, 1999, 197 pp.

Nacido en el Líbano y habitante de Francia, escritor libanés que escribe en francés, melquita de religión, hijo de católica y protestante, con una abuela egipcia casada con un maronita (que era librepensador, liberal y tal vez masón), árabe pero cristiano, Maalouf está autorizado para plantearse una reflexión sobre la identidad al margen de las filosofías identitarias al uso.

La identidad, para él, es algo individual y no colectivo, evolutivo y no fijo. No es lo que hace parecidos a los individuos sino, al contrario, lo que los hace distintos, sin dejar de ser individuos humanos.

A partir de allí, se pregunta por el auge que, en sentido contrario, tienen los movimientos religiosos en el mundo actual, siendo que la religión ha sido, por excelencia, la manera de fijar identidades gregarias, excluyentes de todo lo heterogéneo: identidades «asesinas» como el traductor prefiere trasladar del francés *meurtrières*. Las respuestas generales son dos: la globalización y la mundialización, que ponen en peligro las peculiaridades; y la decadencia y caída de las ideologías totalizadoras como el nazismo y el comunismo, que eran religiones encubiertas.

Maalouf no es contrario a las religiones, pero ve un obstáculo en las iglesias para que los individuos se acepten como tales, es decir distin-

tos, mestizos, inestablemente iguales a sí mismos y divergentes de sí mismos. La movilidad del mundo actual nos ha convertido a todos en minoritarios y migrantes, en extranjeros tanto para el país de recepción como para el mismo país de origen. Si admitiéramos esta doble condición, la tolerancia estaría servida. Pero, en muchos casos, normalmente dramáticos y sangrientos, ocurre lo contrario: la minoría migratoria es tratada como el enemigo a destruir o, al menos, a neutralizar.

Con lenguaje sencillo y harta sensatez, Maalouf clama por una suerte de fórmula convivencial: menos identidad y más sociedad.

Esclavitud y sociedad en Roma, Keith Bradley, traducción de Fina Marfá, Península, Barcelona, 1999, 244 pp.

Esclavo es una palabra peyorativa y hemos de evitar el anacronismo de mantenerla como tal si queremos entrar en la llamada historia antigua. Bradley, especialista inglés en el tema, insiste en desbrozar algunos tópicos: los esclavos romanos eran muy distintos entre sí, no constituían una clase ni compartían una misma mentalidad; los filósofos estoicos pusieron en duda la legitimidad natural de la esclavitud; el cristianismo, a pesar de Nietzsche y seguidores, no mejoró la situación de los esclavos en Roma, sino al contrario, pues consideró que la esclavitud era

un castigo al pecado y lo importante no era sufrir en este mundo sino alcanzar la beatitud en el otro.

Para acreditar sus puntos de vista, Bradley acude a todo tipo de documentos, jurídicos, literarios y científicos (historia natural y política), lo cual hace ameno y fluido el relato de este aspecto de la vida romana, conectado con todos los demás en el periodo central de su imperalismo (dos siglos antes y dos siglos después de Cristo).

Los efectos de la investigación resultan matizados y a veces ambiguos, como el estatuto mismo del esclavo romano, pues había esclavos influyentes, cultos, bien vestidos, bien comidos y alojados en casas confortables, en tanto otros eran tratados como animales de carga y poco más. Abusos sexuales, torturas, malos tratos y demás sevicias también eran legítimas, aunque no todos los patronos eran igualmente implacables con sus esclavos. Por otra parte, la inseguridad ante la sublevación y el temor a la reacción incontrolable jugaban su papel en la relación establecida.

Debieron pasar siglos para que la esclavitud se considerara ilegítima en el derecho comparado. Libros como éste nos proponen una enésima perplejidad: ¿cómo es posible que civilizaciones capaces de producir una cultura en gran medida actual, estén tan distantes de nosotros en aspectos concretos de su vida cotidiana?

B. M.